

LA INTRAHISTORIA: DE GALDOS A UNAMUNO

Jenaro Artiles

El propósito de este estudio es el de discutir hasta qué punto son injustos quienes han criticado en Galdós el expresar un concepto de la historia de España patriotero y vulgar, juzgando a través de los *Episodios Nacionales* y de sus novelas de carácter histórico. Tales críticos no aceptan que el concepto de historia de Galdós está basado en una preocupación silenciosa y honda por la misma España que tanto dolía a Unamuno en el corazón, y encendía indignadas protestas en los jóvenes de la generación del 98 contra el estado de cosas que venía prevaleciendo en España desde los días de Isabel II, y que ni la Restauración ni la Regencia ni don Alfonso XIII habían logrado enmendar.

Lo que se conoce hoy por *intrahistoria* no surgió de la nada al conjuro de una palabra afortunada de Unamuno, ni nació entonces. Y no consistió sólo en la preocupación por el hombre común (nadie lo conocía ni lo había exaltado más que Galdós) y por los que arrastran por las calles de Madrid sus hambres y mugres, no menos respetables que las de tantos Bringas como las esconden por los pasillos oscuros de los pisos altos del Palacio de Oriente o tras los damascos de las salas de ceremonias.

Conviene sentar al principio mismo de estas consideraciones que Unamuno, el mayor en edad entre los miembros de la generación del 98, tenía escasamente media docena de años por los días en que Galdós alcanzó renombre literario, todavía recién llegado a Madrid. De los demás, si exceptuamos a Ganivet, que era un niño de no más de tres a cinco años, y a Valle-Inclán, nacido en 1866, ninguno (Baroja, Azorín, Maeztu, los Machado, etc.), ninguno había nacido siquiera.

Galdós descubrió por sí mismo la fisonomía moral de España, independientemente de lo que habían venido enseñando los historiadores tradicionales. Y la había descubierto a través del contacto personal con la geografía de España, tan adentro en el corazón de don Benito como lo estuvo en el de don Francisco Giner

y en el de los generacionistas y de los hombres de la *Institución Libre de Enseñanza*. Y aplicó la misma técnica de contacto directo y de observación personal al estudio de la sociedad de su tiempo. Todo lo cual, el conocimiento del hombre español y su medio, lo llevaron a la definición de España y de su historia. Los biógrafos todos de Galdós, y él mismo en sus memorias, nos lo presentan viajando frecuentemente a pie o en diligencias, en coches de tercera clase en los ferrocarriles o paseando días enteros por los barrios de Madrid en busca del hombre común y de su conversación. Apenas si existían entonces estudios sociales serios ni estadísticas confiables.

Galdós fue el que, adelantándose a los escritores de su tiempo, nos puso ante los ojos la abulia ancestral, característica del español, que tanto irritaba a los jóvenes iconoclastas del 98, mucho antes de que se raparan las barbas y muchísimo antes de que el aldabonazo del «Desastre» despertara de un sopor de siglos a toda la nación. Por él supimos, antes que por ninguno otro, de la ignorancia ancestral y cerril, tan española y causa inicial de la decadencia nacional y de la miseria física, antes, muchísimo antes de que se escribieran *Amor y pedagogía*, *El árbol de la ciencia* o *Prometeo*, y antes de la llamada angustiada de Costa pidiendo se echara doble llave al sepulcro del Cid, se abriesen escuelas y se surtieran despensas. Galdós tiene conciencia de la opresión de los espíritus dominante en España y de la ineficacia de la fe ciega del pueblo; abrió la mente del español medio a la Europa culta y a su literatura, representada entonces por Balzac y por Dickens, recién fallecidos, antes de que se hablase de «europeizar a España»¹. Y no sólo señaló el mal, sino que dio con el remedio: dar importancia a la clase media (éste fue su secreto) como objeto del arte y creadora de la verdad histórica²; desacreditó la corrupción, el vacío intelectual y la esterilidad de las clases llamadas «dirigentes»; puso al descubierto toda la podredumbre de la monarquía tradicional española, tanto la del antiguo régimen, que él mismo, desde su rincón en la sociedad, ayudó a derrocar, como la restaurada con Alfonso XII; se incorporó desde los primeros días de su vida universitaria en Madrid al movimiento krausista, que había formulado ya y estaba promoviendo la heterodoxia de las «ideas extranjeras» en el estanque pacífico, sin matices ni ondulaciones, del pensamiento nacional³. Y muy al contrario de los hombres de 1898, practica la modestia, enseña con el ejemplo sin estridencias y posee el arte difícil para el español de escuchar a los demás. No es hombre de tertulia literaria. Si lo hallamos presente todos los días en la «cacharrería» del Ateneo, es sólo como oyente, nunca como oráculo. Es, en suma, un hombre común. Y, sobre todo, lo mismo que los escritores del 98, aunque a su manera, mantuvo un optimismo juvenil, suave, y fe, ni ciega ni cerril, en el destino de España. Del pueblo español, para ser más exacto.

Estas características y el magisterio que indudablemente ejerció sobre los generacionistas con su ejemplo y con su obra, según ellos mismos declaran, desmienten la afirmación, bastante aceptada en un tiempo y no del todo desechada aún hoy, de que la influencia de Galdós en los escritores jóvenes de 1898 es sólo

«un lugar común», no soportado por hechos⁴; que el historicismo de Galdós no va más allá de la Guerra de Independencia, al paso que a la generación del 98 no le interesa el siglo XIX, a excepción de las *Memorias de un hombre de acción*, de Baroja; que Galdós novela objetivamente, atiende a la historia externa, las crónicas y los periódicos. La Generación del 98, se ha dicho, como si ello fuera un fenómeno nuevo, rechaza este tipo de testimonio y ha elaborado un concepto distinto radicalmente, que Unamuno redujo a su fórmula de *intrahistoria*: «Historia, la auténtica, la que vivió y formó carne y espíritu de los españoles, no es la oficial, la historia al uso..., sino la que se escapa [a los historiadores]...» «En Galdós lo que sobran son palabras huecas, pasajes fofos, descripciones y situaciones sin valor significativo»⁵. Bastaría tal vez mencionar aquí el ensayo de juventud de Galdós, *Observaciones sobre la novela contemporánea*, publicado en 1870⁶, para refutar la tesis de lo hueco de las palabras de Galdós y lo fofa de los pasajes o la vaciedad de las descripciones.

Gracias a la inmensa labor de reconstrucción y de estudio llevado a cabo por investigadores de la obra de Galdós, sobre todo en los últimos diez años, el conocimiento de lo que Galdós aportó a la evolución de las ideas en España nos ha llevado a una mejor apreciación de Galdós y de su influencia en su tiempo. La opinión que se tiene hoy de él ha cambiado sustancialmente en los últimos diez años.

El proceso de reevaluación de Galdós, que según Guillermo de Torre se manifestó primero, paradójicamente, como reacción al ataque de Antonio Espina en 1923, de que se hablará más abajo, se aceleró durante los años de la Guerra Civil española y ha continuado y sigue poderoso en nuestros días. Domingo Pérez Minik, entre otros, parece recoger en sustancia las etapas de este proceso diciendo: «Pasado el tiempo en que [Pérez Galdós] llevó a cabo su vastísima obra, cuando la generación del 98 asumió la dirección del mundo artístico, quedó arrinconado, viviendo su primer purgatorio... Al criterio riguroso de un Unamuno o al de Baroja se unió el de la generación de aquellos poetas y escritores que, entre cátedra universitaria y «Revista de Occidente», dispensaron el orden de la nueva literatura»⁷... Después de la Guerra Civil española revivió Galdós, y sus devotos se multiplicaron. Entonces «ni Baroja ni Valle-Inclán, ni Azorín con sus menudos personalismos y sus invenciones literarias, con sus héroes introvertidos... tampoco servían para disponer un frente deseado de concordia y de conocimiento veraz... Frente a la tendencia estilizadora del grupo del 98, la escuela realista de Galdós se manifestó dentro de un orden corriente de escritura y de una coloquial actitud imaginativa»⁸... «no es difícil comprender que, cuando Galdós se puso a trabajar, todo estaba por hacer. Después de las guerras civiles del pasado siglo, urgía revisar por completo el material humano que constituye España»⁹.

El primer ataque despiadado contra Galdós partió, como acabamos de ver, de Antonio Espina, quien en el primer número de la «Revista de Occidente»¹⁰ había dicho, entre otras cosas, que «Galdós no es un Dickens ni siquiera un

Balzac que justifiquen —disculpen— la exageración del culto y la deformación del mito»; que adolece de «falta de centro de gravedad intelectual, que se llama sentido crítico, con más exactitud, autocrítica»; que «Galdós en literatura fue lo que Letamendi en Biología, Sagasta en Política y Pradilla en Pintura», un novelista «de ojo» y un poeta «a oídas»¹¹. A lo que Guillermo de Torre, que estudia con detenimiento y con profusión de detalles, los orígenes y el crecimiento contemporáneo de reevaluación de Galdós, opone débilmente, con más indulgencia fraternal que justicia crítica: «Espina no formula ningún cargo contra Galdós, sino contra la clase media» y añade: «Aunque el anunciado revisionismo galdosiano quedara en ciernes y la explosión en salva seca de pólvora... se enderezaba más bien contra los fines del siglo XIX —los años bobos— que contra el novelista mismo»¹².

Como quiera que la controversia sobre Galdós y la generación del 98 gira en gran parte en torno al concepto de historia de aquél comparado con el de los noventiochistas, es conveniente analizar este punto someramente antes de seguir adelante en el estudio de las relaciones del 98 con la obra de Galdós y de la influencia de éste, o la falta de influencia, sobre los primeros. El punto central es el examen de las ideas políticas y sociales de Galdós, contrastadas con las de los hombres del 98; y estriba en el concepto mismo de historia: lo que es y hasta qué punto pesa en las vidas de los individuos y en la sociedad en general. Examinemos, pues, lo que es historia para Galdós, concretamente, qué entiende Galdós por historia de España, con objeto de llegar a una conclusión sobre los puntos de contacto o las discrepancias entre Galdós y Unamuno, pongamos por caso, que es de todos los noventiochistas el que ahondó más y enfocó más directamente el tema de lo que él y los demás hombres de su generación entienden por historia. En otras palabras, cuál es la actitud de Galdós frente a la historia de España y hasta qué punto difiere de lo que implica la definición de intrahistoria de Unamuno.

Para Unamuno, la intrahistoria es la verdadera historia, la que no se ve ni se narra, y de lo que está formado el sedimento que queda del paso de los años cuando el tiempo ha aventado el humo y el polvo de las batallas ha barrido el viento las cenizas y se han olvidado las conquistas: lo que hay de verdadero y eterno al pasar de los siglos. Unamuno distingue entre la *historia* y la *intra-historia*. El presente se compone de dos capas distintas: una superficial y huidiza, que constituye el «presente histórico», y otra profunda y permanente, que es el «presente intrahistórico», que sería algo así como la decantación del histórico y resultado de su sedimentación, de la eternización de todos los presentes históricos ya pasados, la solera de la cultura. «Los hombres van haciendo su historia cotidiana, pasajera y *cortical*, sobre un légamo de intrahistoria o humanidad permanente, cada vez más denso y rico. La historia se convertiría así en tradición eterna, en intrahistoria.» Esta misma tradición eterna o intrahistoria, proyectada al porvenir, se convierte en «el ideal», «que no es otra cosa que ella misma [la intrahistoria] reflejada en el futuro»¹³. No es otra cosa, en el fondo, la opinión

de Azorín, expresada cuando habla de la existencia de «grandes hechos» [pasajeros, históricos], «menudos hechos» [sedimento eterno], perfectamente paralelos a los «sucesos» y los «hechos» de Unamuno. «Se historian los primeros —dice Azorín—; se desdeñan los segundos.» «La existencia diaria está formada de... microscópicos detalles. La historia, a la larga, no es sino de igual manera un diestro ensamblaje de estas despreciables minucias»¹⁴. Y también habría de decir: «No busquéis el espíritu de la historia y de la raza en los monumentos y en los libros. Buscadlo aquí. Entrad en estos obradores, oíd las palabras toscas y sencillas de estos hombres; ved cómo forjan el hierro o cómo arcan las lanas, o cómo labran la madera, o cómo adoban las pieles»¹⁵. Esta misma idea, la distinción entre el «presente histórico», la historia cotidiana y pasajera, cortical, que van haciendo los hombres sobre un légamo de intrahistoria, la expresa en otra parte, evocando la figura de un inquisidor español del siglo XVI, en que, dando de lado a los hechos tal y como los narraría un historiador tradicional: grandes procesos, el funcionamiento del tribunal, denuncias y averiguaciones, torturas y relajamientos, autos de fe, procesiones solemnes, se fija en detalles pequeños de la vida familiar del inquisidor nada más. Nos presenta al viejo hidalgo sentado en su cámara, esperando la llegada de un hijo que, tras larga ausencia, ha regresado de Flandes y París: «Poco después resuenan otros pasos. Y éstos sí, estos son los pasos del hijo. Los pasos se oyen más cerca. El viejo caballero, instintivamente, sintiendo una dolorosa opresión en su pecho, se levanta. Una mano acaba de posarse en el picaporte. La puerta se ha abierto...»¹⁶.

Y Pérez de Ayala viene a decir lo mismo en el fondo, cuando afirma que la historia moderna es en verdad la crónica periodística, que se escribe todas las mañanas a vuela pluma y se marchita ya y desaparece a la tarde, el *periodismo*: «La crónica es la forma literaria que revistió la historia en los tiempos oscuros y sin historia de la Edad Media. Es curioso observar cómo en nuestro tiempo, que reputamos de supraculto, la historia vuelve a ser lo mismo: crónica, anotación rápida de acontecimientos huidizos. En suma, la historia moderna es el periódico actual. Lo cual —para mí y para otros muchos también— significa que no existe propiamente historia moderna, sino un fárrago abrumador de nonadas efímeras. Con razón advierte un autor que hay más cantidad de historia en el sucinto Tucídides que en todas las colecciones juntas de todos los periódicos de todas las naciones. Entiéndese por lo común que lo histórico es lo que de todo punto ha pasado. Entiendo, por el contrario, que lo histórico es lo que no deja de pasar; lo que se salva del naufragio irremediable de las horas ligeras. Lo pasado, vivo y activo en lo presente; eso es la historia»¹⁷.

La historia, vista así por Pérez de Ayala como «lo que no deja de pasar, lo que de continuo se salva del naufragio irremediable de las horas ligeras», es precisamente lo que implica Azorín con las palabras siguientes, dichas por el Obispo a don Pablo, en *Doña Inés*: «La historia, tan cautivadora, nos aleja de la realidad presente. El historiador vive en lo pasado, las cosas de la actualidad pasan por él inadvertidas. Yo, en mis tiempos, cuando era aficionado a la

historia, experimenta esta sensación de ausencia de lo presente. Y lo presente no debe ser olvidado. A nuestro lado se desarrolla una vida que es preciso conocamos»¹⁸, idea que, cambiando tal vez la forma, la encontramos expresada en diversas partes de su obra: comentando en *Las nubes* unas palabras de Campoamor, «Vivir es ver pasar», Azorín comenta: «Sí, vivir es ver pasar..., mejor diríamos vivir es *ver volver*. Es ver volver todo en un retorno perdurable, eterno»¹⁹.

En *La Fontana de Oro*, Galdós pone estas palabras en boca de Lázaro, el cual, sin duda, expone aquí ideas políticas del propio autor de la novela: «... porque un hombre puede ser ingrato, pero un pueblo, en la serie de la Historia, jamás. En esta vida cabe un error, pero en las cien generaciones de un pueblo, que se analizan unas a otras, no cabe error»²⁰. *Un hombre*, aquí, es la historia, definida por Pérez de Ayala, lo efímero de la vida al día. La tradición, las *cien generaciones*, es el sedimento que queda del acontecer diario.

La Fontana de Oro no es, en opinión del profesor López-Morillas, realmente una gran novela como tal. Es una historia novelada²¹. A propósito de *La Fontana de Oro*, dice López Morillas: «Es evidente que lo que Galdós buscaba en su reconstrucción novelesca de los orígenes de la España contemporánea era la historia viva, es decir, no la superficial de los reinados, batallas y alianzas, sino la interna —algo análogo a la intrahistoria unamunesca—, que refleja la vida de aquellos que cabalmente *no tienen historia*»²². Lo que realmente nos dice aquí el señor López-Morillas es que la idea de historia en Galdós, según se desprende de sus escritos, no es otra cosa que la intrahistoria de Unamuno.

En una *interview* periodística que por encargo del periódico madrileño *El Diario de Madrid* hice yo a Baroja allá por el año 1930 ó 1931, con motivo de habérsele llamado a ocupar un sillón en la Academia Española de La Lengua²³, al preguntarle yo (pregunta tan inocua como obvia en un periodista en ciernes, que era, además, canario) que qué diferencia veía él entre la historia tal y como la utilizaba Galdós en los *Episodios nacionales* y mi interlocutor, Baroja, en sus novelas de carácter histórico, me contestó, para consternación y asombro mío, con esta incomprensible paradoja:

—Muy sencillo. Que Galdós sabe historia; yo la invento²⁴.

Entonces, la respuesta me pareció un exabrupto y una extravagancia del Baroja agrio y genial. Hoy la veo de manera distinta. En sus novelas, Galdós escoge trozos de historia pasada de España y los novela envueltos en una gasa tenue de ficción. La novela es lo sustancial, lo importante, «la historia viva..., no la superficial de los reinados, batallas y alianzas, sino la interna», para decirlo repitiendo las palabras de López-Morillas. La historia así concebida es lo que Unamuno llamaría, usando una palabra que ya hemos oído empleada por él, «lo cortical». Baroja, el mismo Valle-Inclán y Unamuno en sus novelas históricas, apartan la vista del estrato superficial, visible, de la historia, de los grandes personajes brillantes y de los grandes sucesos, para concentrarla

en el sedimento profundo y subconsciente de la historia que dijo Unamuno, en las oscuras ocurrencias cotidianas. Tanto Baroja como Azorín y Valle-Inclán evocan la historia mediante el delicado primor de un mosaico de menudas cosas, se ha dicho. Galdós recoge los hechos haciendo desfilar ante los ojos de sus lectores un mundo abigarrado de vidas oscuras. El mundo en que se desenvuelven las novelas históricas de Galdós y los caracteres que entran y salen y se mueven en el inmenso escenario de sus novelas son, cambiando los términos más o menos científicos de la fórmula, los de la intrahistoria de Unamuno o las «menudas de cosas» de Azorín.

La indudable relación del concepto galdosiano de historia con el de la intrahistoria de Unamuno, que López-Morillas vio en 1965 manifiesto en *La Fontana de Oro* (1870), según acabamos de ver, la había señalado Hans Hinterhauser ya en 1961, fecha de la edición alemana de *Los «Episodios nacionales» de Benito Pérez Galdós*²⁵. Hinterhäuser encuentra que esta preocupación de Galdós, por lo que hemos visto llamado *historia interna*, no surge hasta 1875, que es cuando aparece en *El equipaje del Rey José*, publicado este año, y primero de los volúmenes de la segunda serie. No llega a discutir directamente y con el detenimiento que el asunto requiere, esta relación —que es precisamente lo que he querido yo destacar en este estudio—, relación que no es sino dos temperamentos y dos etapas de una misma manera de considerar la historia y que, diciéndolo otra vez con palabras que ya hemos encontrado en los escritores del 98, y antes de ellos en Galdós, se reduce a los «grandes hechos» y las «menudas cosas» de Azorín, las «nonadas efímeras» o «lo que se salva del naufragio irremediable de las horas ligeras» de que habla Pérez de Ayala, y a los «grandes innovadores y los grandes libertinos, los ambiciosos de genio y las ridículas vanidades» de que ya nos hablaba Pérez Galdós en 1870 en sus *Observaciones sobre la novela contemporánea española*.

Trae el señor Hinterhäuser al final de su libro una que llama Conclusión, de la cual tomo estos dos párrafos que representan un gran paso de avance en la apreciación de la obra de Galdós en lo que tiene de creación literaria y le recopilación histórica. Es una: «La concepción galdosiana de la Historia se caracteriza por una lucha incesante y apasionada en torno al concepto de *Historia interna*: su filosofía de la Historia, construida en las primeras series (de los *Episodios*) sobre el papel predominante de las grandes personalidades, se desplaza desde la tercera, cada vez más rápidamente, hacia el reconocimiento de la colectividad —el pueblo— como fuerza determinante de la Historia». Y es la otra: «Los *Episodios nacionales* son una obra literaria mucho más esencial de lo que hasta ahora se había querido reconocer; más exactamente, a pesar de que en la concepción fundamental del autor predomine un juicio crítico-histórico determinado y una doctrina política, no cabe duda de que pueden aspirar al rango de obra de arte»²⁶.

La cuestión de si Pérez Galdós es primordialmente un novelista o un historiador; creador de una obra literaria basada en su parte narrativa en la

historia de España, se ha discutido desde muy diversos puntos de vista durante los últimos treinta años de renacimiento de los estudios galdosianos. Ya hemos avanzado lo bastante para sentar conclusiones definitivas, del mismo modo que está definitivamente resuelto, sin que siquiera se haya discutido, el problema de si Cervantes es un novelista o un historiador de la batalla de Lepanto, de la pérdida de la Invencible, la de Numancia o de la vida de los cautivos cristianos de Argel. Y en nuestros días casi, si quisiéramos, podríamos discutir si fue Cánovas historiador o novelista o simplemente político sagaz (que en los tres campos sembró); si Mérida fue arqueólogo o novelista de temas numantinos, o si don Ramón Menéndez Pidal fue biógrafo del Cid o simplemente novelista de temas sobre doña Jimena.

El problema, en lo que se refiere a Galdós, lo dejó zanjado a su manera un distinguido crítico hace más de treinta años, Pedro Laín Entralgo, quien tomó definitivamente partido al lado de los que mantienen la tesis de Galdós-historiador: «Los *Episodios nacionales* —dice— son una serie de cuadros de historia, atravesados por el hilo unitivo de cierta acción novelesca elemental». Y como para que no quede duda en el ánimo del lector acerca de qué es exactamente lo que quiere decir, añade a continuación: «La técnica de los *Episodios* puede ser educada a sencillísima receta: Tómese la materia histórica contenida en un tomo de la *Historia* de Lafuente, redáctela con mejor pluma, revístela de ropaje novelesco —y si el ropaje es una simple hoja de parra, mejor— ... hágase todo esto, y se tendrá un tomo de Galdós²⁷. Es más seguro que hoy, al cabo del tiempo transcurrido, el mismo Laín Entralgo, que tiene que haber seguido la evolución y el resultado de los estudios sobre Galdós en el último tercio de siglo, suscribiría la siguiente redacción de su afirmación, que es la generalmente aceptada: Los *Episodios nacionales* son una serie de cuadros *novelescos* ensartados en el hilo tenue de cierta acción *histórica* elemental, imprecisa y no bien definida, que queda cubierta y constituye como un telón de fondo para un sinnúmero de episodios totalmente imaginados.

Obsérvese cómo ninguno de los personajes históricos, o muy pocos comparativamente, y éstos más como soporte del aparato novelesco (un amigo a quien ya conocemos porque lo hemos visto en otras novelas) que como actores en el desarrollo de la Historia figuran en los libros de historia que nos dejaron los Lafuente, Pírala o Madoz. Se trata, en definitiva, de «nonadas efímeras» de «menudas cosas» o de «ridículas vanidades», que ya había llamado Galdós, «ocurridas a héroes sin historia de la Historia; «los millares de hombres sin historia —habría de decir Unamuno— que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una hora del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor, cotidiana y eterna».

Los estudios sobre Galdós en la actualidad nos presentan un Galdós muy distinto del que hemos visto en las páginas anteriores. Antonio Regalado García nos da un Galdós que es ya primero y, sobre todo, novelista. Pero indudablemente Regalado se deja llevar un poco de la opinión tenida hace años,

de que «el patriotismo de Galdós, según lo revelan los primeros *Episodios*, está influido por el nacionalismo que florece en la España de la última década del reinado de Isabel II, nacionalismo que sobrevive a las perturbaciones que siguen a la caída de los Borbones (1869) y que se afianza en el ambiente político-social de la burguesía de los fines del siglo». De esta premisa pasa el autor naturalmente a esta otra: «De acuerdo con la comprobada exactitud de esta observación, estimo que la novela histórica galdosiana brota de la mentalidad de la burguesía liberal conservadora de la Restauración»²⁸. De aquí pasa lógicamente a afirmar que «en la selección y tratamiento de los temas se puede apreciar que cae en el convencionalismo de la historia patrioter que se sirve a los niños en las escuelas». Pero dice poco después: «Es Galdós, liberal burgués, quien... da entrada en la novela a la masa popular»²⁹. Y ya mantiene en adelante decididamente una actitud de defensa de lo correcto de las ideas de Galdós sobre Patria y sobre Historia: «Galdós —dice— no trata de hacer historia sino novela»³⁰. Y poco después añade: «Los personajes históricos de los *Episodios* no suplantán en interés a los de la ficción, que representan al pueblo mismo. Mezclándolos, crea el novelista la ficción de que todos son históricos... «La Historia así sentida es la historia de la nación, y la nación es la suma de todos los individuos que la componen, desde los más ilustres hasta los más ínfimos, esto es, el pueblo, como ya en el siglo XIII lo define el rey Alfonso X el Sabio: *Ayuntamiento de todos los homes comunalmente, de los mayores et de los menores et de los medianos*»³¹.

En 1870 apareció en la *Revista de España* de Madrid³² el largo estudio de Galdós a que nos hemos referido anteriormente, «Observaciones sobre la novela contemporánea española», que precede a la crítica literaria de los *Proverbios ejemplares*, de don Ventura Ruiz de Aguilera. Aquí, Galdós, ampliando una idea que ya había apuntado dos años antes en *La nación* (9-I-1868) comentando *La Arcadia moderna* de Aguilera, alza por primera vez en la historia de la crítica literaria española, una voz contra la decadencia de la novela en España, mala, a diferencia de lo que ocurría con la poesía lírica y en el teatro, debido a que la mayor parte de nuestros novelistas «utilizan elementos extraños, convencionales, impuestos por la moda, prescindiendo por completo de lo que la sociedad coetánea ofrece con extraordinaria abundancia»³³. «En cambio, cuando leemos las admirables obras de arte que produjo Cervantes y las que hoy hace Dickens, decimos: ¡Qué bonito es esto! Parece cosa de la vida»³⁴. «La clase media, la más olvidada de nuestros novelistas, es el gran modelo, la fuente inagotable. Ella es la base del orden social; ella asume, por su iniciativa y por su inteligencia, la soberanía de las naciones, y en ella está el hombre del siglo XIX con sus virtudes y sus vicios, su noble aspiración, su afán de reformas, su actividad pasmosa. La novela moderna de costumbres ha de ser la expresión de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esta clase»³⁵. Estamos asistiendo aquí al nacimiento del nuevo concepto de historia como objeto de la literatura y de la novela concretamente, que habrá de prevalecer en ade-

lante, que hizo suyo la Generación del 98 y que Unamuno llamaría años más tarde *Intrahistoria*. «Esta clase —continúa— es la que determina el movimiento político, la que administra, la que enseña, la que discute, la que da al mundo los grandes innovadores y los grandes libertinos; los ambiciosos de genio y las *ridículas vanidades*; ella determina el movimiento comercial»³⁵.

Se ha querido ver en las *Memorias de un aprendiz de conspirador*, de Baroja, un propósito de éste de seguir los pasos de Galdós en sus *Episodios nacionales*³⁷, a lo que arguye Sáinz de Robles: «La comparación no me parece feliz. Entre las dos series no existe otra semejanza que la de operar ambos novelistas con *material histórico*, más histórico en Galdós que en Baroja, aunque los dos, siempre que lo estiman necesario, entreveran la realidad con la imaginación, precisamente para conseguir su propósito: transmutar a lo novelesco lo histórico»³⁸. Y, confirmando sin saberlo, las palabras recogidas por mí de labios de Baroja en la *interview* del «Diario de Madrid» a que me he referido anteriormente, añade Sáinz de Robles que el mismo Baroja rechazó la comparación. Y copia de él las palabras siguientes: «No creo que tengan más parecido externo que el que les dan la época y el asunto. Galdós ha ido a la Historia por afición a ella; y yo he ido a la Historia por curiosidad hacia un tipo. Galdós ha buscado los elementos brillantes para historiarlos; yo he insistido en lo que me da el protagonista. El criterio histórico es también distinto, y Galdós pinta a España como un feudo aparte; yo la presento muy unida en los movimientos liberales y reaccionarios a Francia; Galdós da la impresión de que la España de la Guerra de la Independencia está muy lejos; yo casi la encuentro la misma de hoy»³⁹. Como se puede observar teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, Baroja se deja llevar por lo que él cree, o aparenta creer, que es lo característico de la técnica novelística de Galdós como historiador. Por otra parte, Baroja, que se expresa siempre con gran respeto hacia la persona de Galdós, «se despacha a su gusto cuando enjuicia su obra», dice Rafael Ferreres⁴⁰, el cual, para probarlo, copia de Baroja: «Galdós, con sus hogares madrileños burgueses, sus tertulias, las salas con sus cómodas pesadas, con sus Niños de Jesús encima y cuadros y dibujos con pelo. Es el amor por la vida un poco mediocre y trivial, el entusiasmo por los giros de las conversaciones kilométricas, las genuflexiones de los empleados de Palacio o de los Pósitos, los donjuanes de las tiendas de tela, el discurso del frailecito amigo de la casa y el regalo del tarro de dulce de la monjita de la familia»⁴¹.

En otra parte dice Baroja hablando de Galdós: «El único grande era Galdós. Pero era un burgués falso, aparatoso. Hay personajes de sus novelas, como en *La familia de León Roch*, que hablan parlamentos que se extienden cuatro o cinco páginas. El hubiera querido ser un Dickens, pero le faltó ternura. Dickens fue un apóstol. Galdós, en cambio, no tenía ética. En sus últimos años se dejó llevar como un fantasmón a los mítines republicanos, que en el fondo nada le importaban. Con todo fue un gran escritor. Pero tenía defectos enormes. No le gustaba el campo, por ejemplo». «Galdós describió

el siglo XIX creando la gran novela histórica española. Yo hubiera querido romantizar en un gran libro de Historia la vida de mi pariente Avinareta. Como no tenía datos suficientes, escribí novelas. Con lo que tuve, luego escribí una biografía»⁴². Y también: «Yo, aunque conocí a Pérez Galdós, no tuve gran entusiasmo ni por el escritor ni por la persona. Era indudablemente un novelista hábil y fecundo, pero no un gran hombre. No había en él más posibilidad de heroísmo. Nadie tiene la culpa de eso: ni los demás ni él»⁴³.

Y el mismo Baroja que escribió los párrafos recogidos arriba había escrito a fines del siglo pasado estos otros de muy distinto tono: «Pérez Galdós es el único verdaderamente grande y abierto de nuestros escritores: ha podido dar un impulso a la literatura española, dirigiéndola hacia nuevos principios tal y como lo han comprobado las obras de su última evolución hacia un nuevo misticismo realista»⁴⁴, y también: «Pérez Galdós, espíritu español meditativo, tan poco conocido fuera de España, es uno de los escritores españoles mejor dotados de una facultad creadora y de una admirable agudeza de observación. Sus personajes están tomados de la realidad: hablan como nosotros y son, sobre todo, reales al mismo tiempo que ficticios. Galdós es la encarnación del espíritu de Dickens en España»⁴⁵.

Y Pérez de Ayala, con aquel su cariño admirable y filial devoción que siempre le profesó, declaró en su conocido discurso en el homenaje que tributó al gran novelista la sociedad «El Sitio» de Bilbao en 1916: «Las similitudes y correspondencias entre Cervantes y Galdós son tantas y tan manifiestas, que casi huelga el señalarlas. Cervantes creó el gran género novelesco, este modo literario característico de la Edad Moderna; Galdós lo ha llevado en España al término más cumplido de perfección y madurez... Esta España en que ahora vivimos será inmortal gracias a Galdós. Están, pues, Cervantes y Galdós como dos altas montañas, fronteras y mellizas, separadas por un hueco de tres siglos... Hay también montes empinados y majestuosos, pero ninguno, a lo que presumo, alcanza la altura de aquellas dos montañas mellizas y señeras». Y poco antes, en la misma conferencia, había dicho: «Cervantes no llegó a ser el primer dramaturgo de su época, y Galdós lo es sin disputa de la nuestra, y uno de los primeros, entre los de cualesquiera época y comarca»⁴⁶.

Azorín nos ha dejado una opinión muy parecida, que expresa con las siguientes palabras: «Don Benito Pérez Galdós, en suma, ha contribuido a crear una conciencia nacional: ha hecho vivir a España con sus ciudades, sus pueblos, sus monumentos, sus paisajes... La nueva generación de escritores debe a Galdós todo lo más íntimo y profundo de su ser: ha nacido y se ha desenvuelto en un medio creado por el novelista»⁴⁷. Esta «nueva generación de escritores» a que se refiere Azorín no puede ser otra que la del 98.

Vicente Lloréns, en un estudio titulado «Galdós y la burguesía», llega a una conclusión que se acerca mucho más a la de Pérez de Ayala y a la de Azorín que a la agría de Baroja, recogidas anteriormente, al caracterizar la

política de la Restauración, adelantándose a Ortega y Gasset, de «política de inercia y de farándula»⁴⁸.

Juan Chabás nos da la siguiente acertada interpretación de la idea de Patria de Galdós: «Para Galdós, como para los hombres del 98, España es una inquietud, un desasosiego, un problema. España, como nación, y como pueblo, es para Galdós una pasión dramática, y el hombre español, líder o masa, es siempre el héroe, local y universal a la vez, en su novela y en su teatro. Es curioso observar cómo la Generación del 98, que al principio de su vida literaria no parece acordar importancia a Galdós, y aún se desvía de él y le censura, poco a poco reconoce su grandeza y lo estudia y analiza»⁴⁹.

Joaquín Casaldüero sienta el hecho de que «la emoción histórica, que los románticos sintieron por primera vez como expresión de la temporalidad humana, es una de las características del siglo XIX. Esta emoción histórica... es lo que condujo a los románticos a que se fijaran en su propia época, en el presente como tal presente, preparando así el advenimiento del realismo. Fernán Caballero lo dice claramente. Su intención es pintar la sociedad contemporánea», «Galdós, pues, en su juventud madrileña... después de breve vacilación... encuentra el tema de su obra y la forma que le convenía: la sociedad contemporánea y la novela... «Taine da a Galdós las ideas históricas para poder aprehender la realidad social, Balzac le hace ver la sociedad no ya como un cuadro de costumbres, sino como un organismo vivo, el verdadero héroe de la Historia, y Dickens le prepara para transformar el sentimentalismo individualista en un sentimentalismo social...». «Además de estas tres grandes figuras del siglo XIX hay que tener en cuenta a Cervantes. El *Quijote*, sentido y comprendido, como es natural, según las ideas de mediados del siglo XIX, es el que proporciona a Galdós los medios para contemplar la realidad española y para crear el perfil grotesco de gran número de sus personajes»⁵⁰.

Y oigamos ahora al mismo Galdós explicar y analizar con sus propias palabras y en su estilo, el concepto de lo que él entiende por historia, la Historia: En *Las tormentas del 48* nos da el novelista canario una definición de la Historia, definición en la que se podrá observar que en su edad madura, a los sesenta años de edad, recoge ideas que ya hemos visto expresadas por él en diversos pasajes de sus obras, comenzando por 1870, cuando, en expresión de Casaldüero, «encuentra el tema de su obra y la forma que le convenía: la sociedad contemporánea». Aquí vemos cómo Galdós se adelanta ya a Azorín y a Pérez de Ayala en entender la historia como algo vivo que pasa y desaparece, pero que también como las nubes de Azorín, está allí permanentemente, como una corriente que se desliza sobre un sedimento eterno de intrahistoria unamunesca, «lo que nunca deja de pasar». «Cosas y personas mueren —dice Galdós—, y la Historia es encadenamiento de vidas y sucesos, imagen de la Naturaleza, que de los despojos de una existencia hace otras y se alimenta de la propia muerte. El continuo engendrar de unos hechos en el vientre de otros es la Historia, hija del Ayer, hermana del Hoy y madre del Mañana. Todos los

hombres hacen historia inédita todo el que vive va creando ideales volúmenes que ni se estampan ni aun se escriben»⁵¹.

Y en *El equipaje del Rey José* leemos: «¿Por qué hemos de ver la Historia en los bárbaros fusilamientos de algunos millares de hombres que se mueven como máquinas a impulso de una ambición superior, y no hemos de verla en las ideas y en los sentimientos de ese joven oscuro? Si en la Historia no hubiera más que batallas; si sus únicos actores fueran las personas célebres, ¡cuán pequeño sería! Está en el vivir lento y casi siempre doloroso de la sociedad, en lo que hacen todos y en lo que hace cada uno. En ella nada es indigno de la narración, así como en la Naturaleza no es menos digno de estudio el olvidado insecto que la inconmensurable arquitectura de los mundos».

«Los libros, que forman la capa papirácea de este siglo, como ha dicho un sabio, nos vuelven locos con su mucho hablar de los grandes hombres, de si hicieron esto o lo otro, o dijeron tal o cual cosa. Sabemos por ellos las acciones culminantes, que siempre son batallas, carnicerías horrendas y empalagosos cuentos de reyes y dinastías, que agitan al mundo con sus riñas y con sus casamientos y, entre tanto, la vida interna permanece oscura, olvidada, sepultada. No se contenta con saber de memoria todas las picardías de los inmortales, desde César hasta Napoleón; y deseando ahondar lo pasado, quiere hacer vivir ante sí a otros grandes actores del drama de la vida, a aquellos para quienes todas las lenguas tienen un vago nombre, y la nuestra llama *Fulano* y *Mengano*».

«Reposa la sociedad en el inmenso osario sin letrero ni cruces ni signo alguno; de las personas no hay memoria, y sólo tienen estatuas y cenotafios los vanos personajes... Pero la posteridad quiere registrarlo todo: excava, revuelve, escudriña, interroga los olvidados huesos sin nombre...»⁵².

Diríase que Galdós está aquí dictando a Azorín el pasaje que hemos copiado más arriba, tomándolo de *Una hora de España*: «No busquéis el espíritu de la Historia y de la raza en los monumentos y en los libros. Buscadlo aquí. Entrad en estos obradores, oíd las palabras toscas y sencillas de estos hombres...»⁵³.

Y es, asimismo, Galdós quien se encargará de explicar sus ideas sobre Patria y Patriotismo, que están en la misma base de la pirámide de la idea de Historia y que, aunque no se declara abiertamente en palabras, constituye el trasfondo de la polémica sobre Galdós y los jóvenes que nacían políticamente por los días del estreno de *Electra* (30 de enero de 1901) y continuó hasta la discutida ida a Palacio de Azcárate, Melquíades Álvarez, Galdós, Unamuno: «Por primera vez, entonces [*la mañana que precedió al combate naval de Trafalgar*] percibí con completa claridad la idea de Patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la Patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el rey y su célebre ministro, a quienes no consideraba con igual respeto. Como yo no sabía más historia que la que aprendí en la Caleta, para mí era la ley que debía uno entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero y gran pacotilla de ingleses y franceses después. Me represen-

taba, pues, a mi país como muy valiente; pero el valor que yo concebía era tan parecido a la barbarie como un huevo a otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mí más que el orgullo de pertenecer a aquella casta de matadores de moros». Este es el concepto de Patria y de Historia que Galdós rechaza.

«Pero el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, hora que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco que regaban con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura e inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo, todo cuanto desde el nacer se asocia a nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara»⁵⁴.

La verdad es, digamos por último resumiendo, que dígase lo que se diga (y mucho se ha dicho, y aún se dirá mucho más) acerca de la posición de Galdós respecto a los hombres de la Generación del 98, el gran novelista fue siempre admirado y querido y respetado por los escritores de la nueva generación.

E. Inman Fox, en un ensayo sobre Galdós y el estreno de *Electra* en el Teatro Español de Madrid la noche del 30 de enero de 1901, analiza la reacción histórica de los liberales y reaccionarios que acompañó el estreno⁵⁵, y acaba con la afirmación de que «with *Electra*, Galdós has emerged also at least temporarily as the spiritual leader of the Generation of 1898. Galdós, with the performance of *Electra*, became the rallying point for intellectuals, politicians and masses in their drive for liberalism in the century»⁵⁶.

NOTAS

¹ Acufió la frase don Miguel de Unamuno en 1895 en *En torno al casticismo* («Ensayos», Madrid, Aguilar, 1964, 2 v.), y la frase evoluciona hasta convertirse en la «españolización de Europa»: «Desde hace algún tiempo se ha precipitado la europeización de España: las traducciones pululan que es un gusto; se lee entre cierta gente lo extranjero más que lo nacional», «España está por descubrir y sólo la descubrirán españoles europeizados» (*Ibid.*, I, p. 26), con lo que Unamuno no trata de peyorar a España sino de exaltarla: «... que sólo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España» (p. 140). «Tengo la profunda convicción de que la verdadera y honda europeización de España, es decir, nuestra digestión de aquella parte del espíritu europeo que puede hacerse espíritu nuestro no empezará hasta que no tratemos de imponernos en el orden espiritual de Europa, de hacerles tragar lo nuestro, lo genuinamente nuestro, a cambio de lo suyo, hasta que no tratemos de españolizar a Europa» («Sobre la europeización», I, página 918). Y todavía en enero de 1902 habría de insistir: «Se nos ha dicho y repetido —y yo lo digo y repito por mi parte— que debemos europeizarnos. Me desdigo: europeizarnos, no, que Europa no es pequeña; universalizarnos más bien, y para ello españolizarnos aún más» (*Ibid.*, I, p. 920). Véase el ensayo «Unamuno y Ortega: ¿Allende o aquende los Pirineos?», por María Scuderi, en *Cuadernos americanos*, México, CXLII, núm. 5, septiembre-octubre 1965, pp. 129-146).

Refiriéndose Azorín a lo que leían los españoles por la misma época, observa que «en 1870 las librerías madrileñas apenas exhiben libros extranjeros, cuando dos años antes ya Galdós descubre a Balzac en París comprando *Eugène Grandet*, que le sirvió de estímulo y modelo para *La Fontana*», y añade que «en 1898, el número de libros extranjeros que entran en España es mucho mayor, se leen más revistas francesas, inglesas, alemanas; circulan más periódicos extranjeros». («La Generación del 98», *Estética y política literaria, 1810-1846*, Obras completas, Madrid, Aguilar, 1962, tomo IX, pp. 1.143-1.145.)

² Véase el discurso de ingreso de Pérez Galdós en la Academia de la Lengua de 7 de febrero de 1897, *La sociedad presente como materia novelable*, contestado por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien expresó su famosa opinión sobre la novela en España antes de Galdós: «Entre ñoñeces y monstruosidades dormitaba la novela española por los años 1870, fecha del primer libro del señor Pérez Galdós». Y téngase en cuenta que ésta no es la primera salida de Galdós en defensa de la misma tesis, que había defendido unos años antes, como veremos más adelante. Joaquín Casalduero ha señalado acertadamente cómo Galdós, en su tiempo, encuentra el tema de su obra y la foma que le convenía: la sociedad contemporánea y la novela». («El desarrollo de la obra de Galdós», en *Hispanic review*, X, 1942, p. 244; véase más abajo, nota 50.)

³ Reléase *El amigo Manso*, teniendo en cuenta estas consideraciones. *El amigo Manso* está considerada por muchos como la obra de Galdós más imbuida de las doctrinas filosóficas y de la práctica pedagógica de D. Julián Sanz del Río y de sus discípulos. La cuestión del Krausismo de Galdós, aunque no confesado abiertamente en ninguna parte, sí manifiesto en muchas de sus obras, ha sido discutida con autoridad y amplitud en los últimos años. Se ha rastreado esta influencia desde las novelas *Gloria* y *La Familia de León Roch*, a las tres del grupo *La desheredada*, *El amigo Manso* y *El Dr. Centeno*, aparecidas en sucesión en 1881, 1882 y 1883. Esther B. Silvia sugiere que Galdós se inspiró en el ensayo de D. Francisco Giner, *Teoría y práctica* para la creación de los tres caracteres masculinos de *El amigo*

Manso (*El primer período de la manera naturalista de Benito Pérez Galdós*, tesis doctoral, Middlebury College, 1947, pp. 6-7). Para más amplia información sobre este punto se pueden consultar con provecho los estudios del profesor Juan López-Morillas *El krausismo en España, México*, Fondo de Cultura Económica, 1956, y «Galdós y el krausismo», *Revista de Occidente*, 2.^a época, VI, 1968, pp. 331-336; *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*, por Pierre Jubit, París, 1936, que cita Fernando Salmerón con gran elogio en la crítica bibliográfica del libro mencionado de López-Morillas (*La palabra y el hombre*, Xalapa, Universidad de Veracruz, I, 1957, pp. 103-106); «Galdós and Giner: a literary friendship», por H. C. Berkowitz (*Spanish Review*, I, 1934, p. 64); «El amigo Manso with a mirror», por Robert Russell (*Modern language notes*, LXXVIII, 1936, pp. 165-168); «Sol y sombra de Giner en Galdós», por W. H. Shoemaker (*Homenaje a la memoria de Antonio Rodríguez-Moñino*, Madrid, II, páginas 213-223). A los cuales habrá que añadir, por ser más reciente y más resumido, la introducción de Lida Denah a su edición de *El amigo Manso*, de Galdós, New York, Oxford University Press, 1969, pp. 7-13. Hay también valiosa información en *The novels of Pérez Galdós: the concept of life as dynamic process*, por Sherman Eoff, Sta. Louis, Washington University Press, 1954.

⁴ Véase esta tesis mantenida por José Angeles en «¿Galdós, precursor del noventa y ocho?», *Hispania*, XLVI, 1963, pp. 265-272, opinión que reafirma en «Baroja y Galdós; un ensayo de diferenciación», en *Rev. de Literatura*, Madrid, XXIII, 1963, pp. 49-64, y en «Galdós en perspectiva», en *Rev. de Estudios Hispánicos*, Univ. de Alabama, 1966, III pp. 105-118.

⁵ *Ibid.*, p. 265.

⁶ *Revista de España*, Madrid, XV, 1870, pp. 162-172.

⁷ DOMINGO PÉREZ MINIK: *Novelistas españoles de los siglos XIX y XX*, Madrid, Ed. Guadarrama, 1954, p. 67. Si aceptamos la clasificación de Pérez Minik, Guillermo de Torre, Espina y Bergamín, con Adolfo Salazar, Fernando Vela, José Díaz Fernández, Salazar Chapela, serían de los jóvenes de *Revista de Occidente*; Salinas, Dámaso Alonso, Guillén, Francisco Ayala, de los de «cátedra universitaria».

⁸ *Ibid.*, p. 81.

⁹ *Ibid.*, p. 82.

¹⁰ ANTONIO ESPINA: «Libros de otro tiempo: B. Pérez Galdós: Fisonomías sociales. José María Matheu: Los tres dioses y otras narraciones», *Revista de Occidente*, Madrid, I, julio 1923, I, pp. 114-117. Un nuevo dardo contra Galdós partió de otro joven de aquella generación, José Bergamín, quien calificó la obra de don Benito de «la gran escombrera nacional» («Galdós, redimuerto», en el *Heraldo de Madrid*, 5 de enero de 1933).

¹¹ *Ibid.*, 114.

¹² GUILLERMO DE LA TORRE: *Del 98 al barroco*, Madrid, Ed. Gredos, 1969 (Biblioteca Románica Hispánica), capítulo «Revaloración actual de Galdós», pp. 165-232. Como se puede apreciar en presencia de la copiosa bibliografía moderna de estudios sobre Galdós, Guillermo de Torre no está en lo cierto cuando afirma que el anunciado revisionismo galdosiano quedara en ciernes. Guillermo de la Torre, por otra parte, considera el ataque de Espina contra Galdós como el revulsivo que produjo, paradójicamente, el movimiento actual, que culmina en el creciente número de galdosianos (loc. cit., p. 165).

¹³ MIGUEL DE UNAMUNO: *Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1964, t. I, p. 44.

¹⁴ AZORÍN: *La voluntad*, ed. de E. Inman Fox, Madrid, Castalia, 1969, p. 212.

¹⁵ AZORÍN: «El doctor Dekker está satisfecho», en «Tiempos y cosas», *Obras completas*, Ma-

dríd, Ed. Aguilar, 1969, p. 217. La misma idea que expresa Azorín en estas palabras la encontramos en Unamuno: «Penetrad en uno de esos lugares, o en una de las viejas ciudades amodorradas en la llanura, donde la vida parece discurrir calmosa y lenta en la monotonía de las horas, y ahí dentro hay almas vivas, con fondo transitorio y fondo eterno y una intra-historia castellana» («En torno al casticismo», *Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1964, I, pág. 64).

¹⁶ AZORÍN: «El viejo inquisidor», en «Una hora de España», *Obras escogidas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1962, pp. 582-583.

¹⁷ RAMÓN PÉREZ DE AYALA: «Política y toros», *Obras selectas*, Barcelona, 1957, p. 789.

¹⁸ AZORÍN: «Doña Inés», *Obras escogidas de Azorín*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1962, página 655 A.

¹⁹ AZORÍN: «Las nubes», *Obras escogidas de Azorín*, Madrid, 1962, p. 455 A.

²⁰ BENITO PÉREZ GALDÓS: *La fontana de oro*, Madrid, Ed. Aguilar, t. IV, p. 43 A.

²¹ JUAN LÓPEZ-MORILLAS: «Historia y novela en el Galdós primerizo: La fontana de oro», en *Revista Hispánica Moderna*, XXXI, 1965, pp. 273-285.

²² *Ibid.*, p. 275. Véase la misma idea expresada por Luis Clavería en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, XIX, 1957, pp. 170-177. Este estudio es el texto de conferencia en una sesión de H. L. A.

²³ En el vendaval que aventó mi vida, y mis papeles con ella, en los días de la guerra civil española de 1936-1939, desaparecieron mis notas y mi biblioteca. No conservo el recorte del periódico en que apareció la entrevista, pero si alguien salvó la colección de aquel periódico de vida efímera, que fundó y dirigió en Madrid Manuel Villaverde, cubano, de los días de *El País*, de La Habana, se podrá ver el texto del trabajo periodístico.

²⁴ En contra de lo que me confesó Baroja en la entrevista, Antonio Regalado García dice: «Siempre tendió nuestro autor [Galdós] a la fácil solución de recoger los hechos como los encontraba en las historias de su tiempo, bien diferente en esto a Baroja, que hizo una auténtica investigación en archivos y bibliotecas sobre la historia del siglo XIX para sus *Memorias de un hombre de acción*, y que elaboró trabajosa y concienzudamente sus propios juicios» («Benito Pérez Galdós y la novela histórica española: 1868-1912», Madrid, *Insula*, 1966, página 315). Y más adelante añade: «Baroja fue un verdadero investigador de la historia del siglo XIX, en que utilizó su investigación y sus aficiones de coleccionista y de anticuario para recrear un ambiente auténtico e integrarlo, sin que apenas se note, en la narración» (*Ibid.*, página 533). Por su parte, más recientemente, en 1971, alguien ha dicho: «Baroja... escribió con sus *Memorias de un hombre de acción* una réplica, muchas veces lineal, de los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós. Solamente un hombre de la cultura histórica y de la riqueza espiritual de Baroja podía no sólo escribir, sino atreverse a dar la réplica a la obra gigantesca del escritor canario» (FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO: *Pío Baroja y la historia*, Madrid, Ed. Elíos, 1971, p. 388).

²⁵ HAN HINTERHAUSER: *Los «Episodios nacionales» de Benito Pérez Galdós*, trad. del alemán de José Escobar, Madrid, Ed. Gredos, 1963 (Biblioteca Románica Hispánica).

²⁶ *Ibid.*, p. 371.

²⁷ PEDRO LAÍN ENTRALGO: *La generación del noventa y ocho*, Madrid, Col. Austral, 1954, páginas 170-171. (Esta obra se publicó en Buenos Aires, Ed. Espasa-Calpe, 1947.) Hans Hinterhäuser recoge las palabras citadas de Laín Entralgo en *Los «Episodios nacionales» de Benito Pérez Galdós*, mencionados ya, pp. 16-17, n. 21, sin expresar opinión alguna.

²⁸ ANTONIO REGALADO GARCÍA: «Benito Pérez Galdós y la novela histórica española: 1868-1912». Madrid, *Insula*, 1966, p. 25.

²⁹ *Ibid.*, p. 31.

³⁰ *Ibid.*, p. 45.

³¹ *Ibid.*, p. 51.

³² A principios de 1868, tal vez en marzo, comenzó la publicación de la *Revista de Madrid*, como «revista científica, literaria y política», con el propósito indudablemente de que fuera una réplica en España de la *Revue de deux mondes*, que llevaba ya varios años de publicación en París. Fue su fundador y director don José L. Avellaneda. El trabajo de Pérez Galdós apareció en el tomo XI, 1970, pp. 162-172.

³³ *Ibid.*, p. 162.

³⁴ *Ibid.*, p. 164. Vivía todavía Carlos Dickens cuando Galdós escribió las *Observaciones sobre la novela*, puesto que habla de «las obras de arte que produjo Cervantes y las que hoy hace Dickens». Como se sabe, el gran novelista inglés, a quien tanto veneraba Galdós, murió repentinamente al anochecer del 9 de junio de 1870. Probablemente fue Galdós quien escribió la reseña crítica de las *Escenas montañosas* de Pereda, con prólogo de Antonio de Trueba (Madrid, 1864), que apareció sin firma en la *Revista de España* (VI, 1869, p. 310), siendo ésta, tanto, la primera defensa del realismo en la novela. En esta crítica se elogia la obra de Pereda y el espíritu de observación de que es muestra.

³⁵ *Ibid.*, p. 167.

³⁶ *Ibid.*, p. 167. Estas «ridículas vanidades» son lo que Azorín llamaría más tarde «despreciables minucias», y Pérez de Ayala, «nonadas efímeras».

³⁷ Véase más arriba (nota 34) la opinión del señor Flores Arroyuelo sobre la relación de las *Memorias de un hombre de acción* y los *Episodios nacionales*.

³⁸ FEDERICO C. SAINZ DE ROBLES: *La novela española del siglo XX*, Madrid, Ed. Pegaso, 1957, p. 98.

³⁹ Según transcribe Sainz de Robles.

⁴⁰ RAFAEL FERRERES: «El aspecto de la crítica literaria de la llamada generación del 98», en *Límites del Modernismo y del 98*, Madrid, Colección Persiles, 1964, pp. 46-47.

⁴¹ Citado por Ferreres, quien lo toma de *La caverna del humorismo*, de Pío Baroja, Madrid, Biblioteca Nueva, *Obras completas*, 1948, vol. V, p. 431.

⁴² «Pío Baroja habla para *Insula*», *Insula*, Madrid, I, núm. 2, 15 de febrero de 1946, páginas 1 y 5.

⁴³ PÍO BAROJA: «Divulgaciones de autocrítica», *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, vol. V, p. 498 A. Compárase con lo que dice el mismo Baroja acerca de su opinión de Galdós como persona, con lo que expresa Ferreres anteriormente (nota 40).

⁴⁴ RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA: «Baroja, político de la literatura española en 1899; textos olvidados», *Papeles de Son Armadáns*, núm. 152, págs. 139.

⁴⁵ *Ibid.* Aquí habrá que recordar una opinión sobre Galdós expresada por Baroja años antes. Las notas de Pérez de la Dehesa están tomadas de *L'Humanité Nouvelles*, revista anarquista belga, de A. Hamon, París-Brussels, 1899, III, 2.

⁴⁶ RAMÓN PÉREZ DE AYALA: «Las máscaras», *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1947, páginas 628-629.

⁴⁷ AZORÍN: «Lecturas españolas» *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1959, t. II, p. 633. Este artículo de Azorín se publica por primera vez en *Nosotros*, Buenos Aires, 1920, páginas 105-108.

⁴⁸ VICENTE LLORÉNS: «Galdós y la burguesía», en *Anales galdosianos*, III, 1968, p. 55. Véase también «Misericordia y parodia de la Restauración», *Insula*, Madrid, XXV, febrero de 1971, páginas 4-5.

⁴⁹ JUAN CHABÁS: *Literatura española contemporánea, 1868-1950*, La Habana, 1962, p. 32.

⁵⁰ JOAQUÍN CASALDUERO: «El desarrollo de la obra de Galdós», *Hispanic Review*, X, 1942, páginas 244-250.

⁵¹ BENITO PÉREZ GALDÓS: «Las tormentas del 48», *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1963, II, pp. 1371-1372.

⁵² BENITO PÉREZ GALDÓS: «El equipo del rey José», *Obras completas*, Madrid, Aguilar, I, página 1199 A.

⁵³ *Vid.* la nota 15, más arriba.

⁵⁴ BENITO PÉREZ GALDÓS: «Trafalgar», *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1964, I, página 241 A-B. El concepto de «patria» y de «patriotismo» en Galdós está analizado con gran detalle por JOSÉ SCHRAIBMAN en «Patria y patriotismo en los *Episodios nacionales* de Galdós» (*Bol. del Seminario de Derecho Político*, pp. 71-86).

⁵⁵ E. INMAN FOX: «Galdós' *Electra*. A detailed study of its historical significance and the polemic between Martínez Ruiz and Maeztu», *Anales galdosianos*, I, 1966, pp. 131-141.

⁵⁶ La cita en las páginas 140-141.